

LA ESPINA EN LA CARNE^{1*} The Thorn in the Flesh

valeria flores

Resumen: El presente texto se propone pensar la escritura en términos de una tecnología de inscripción y de representación que cumple un rol fundamental en el desarrollo y deconstrucción de nuestras políticas textuales, corporales, sexuales y activistas. En ese sentido, la palabra se presenta como un territorio político en el que se disputan no sólo los ideales heteronormativos que moldean nuestros cuerpos y nuestros deseos, sino también los modos en que producimos teoría feminista y de la disidencia sexual. Cuestionar nuestros lenguajes y modos de nombrarnos nos permitirá desarrollar nuevas y poéticas lenguas minoritarias que se aparten del paradigma legal, transparente, institucionalizado e higienista que hegemoniza el discurso feminista y LGTB contemporáneo. Y es justamente en esta senda experimental, errática y resbaladiza donde se asientan las teorías críticas feministas contemporáneas y de la disidencia sexual.

Palabras clave: Política escritural / Lenguaje / Heteronorma

Abstract: This text seeks to think about writing in terms of a technology of inscription and representation that plays a fundamental role during the development and deconstruction of our textual, corporal, sexual, and activist policies. In that sense, the word introduces itself as a political territory in which not only the heteronormative ideals that mould our bodies and our desires are disputed, but also the ways in which we produce feminist and sexual dissent theory. Questioning our languages and ways of naming ourselves will allow us to develop new and poetic minority languages that set aside from the legal, transparent, institutionalized, and hygienist paradigm that exerts its hegemony over the feminist and LGBT contemporary speech. It is exactly within this experimental, erratic, and slippery path where the critical contemporary feminist and sexual dissent theories settle down.

Keywords: Writing policy / Language / Heteronormativity

Escribir produce ansiedad. Mirarme por dentro a mí misma y a mi experiencia, mirar mis conflictos, genera ansiedad en mí. Ser una escritora se siente muy parecido a ser una Chicana, o ser *queer* –muchacha agitada, darse contra toda suerte de muros. O su opuesto: nada definido o definitivo, un estado de limbo ilimitado y flotante donde aguardo, me aquieto, me filtro, hiberno y espero que algo suceda.

1. Re-escritura del texto presentado en las *Jornadas Sexualidades Doctas*: “Cuerpos en la mira”, en el eje: “Expresiones estéticas y representaciones”, organizada por el Grupo de investigación “Haciendo cuerpos. Biopolítica y gestión de vidas humanas”, Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba, 6 y 7 de junio del 2013.

Vivir en un estado de inquietud psíquica, en una Frontera, es lo que hace escribir a los poetas y crear a los artistas. Es como una espina de cactus metida en la carne. Se siente más y más profunda, y sigo empujándola al hurgar en ella. Cuando todo comienza a infectarse tengo que hacer algo para terminar con el dolor y para entender por qué lo tengo. Entro profundo en el lugar donde está enraizada en mi piel y aprieto, tocándola como un instrumento musical – los dedos presionan, agudizando el dolor en vez de mejorar. Entonces sale. No más molestias, no más ambivalencia. Hasta que otra aguja penetra la piel. Eso es la escritura para mí, un ciclo eterno de empeorar, mejorar, pero siempre sacando un significado a la experiencia, sea cual sea.²

Así piensa la tarea de escribir Gloria Anzaldúa³, así propone una de las tantas formas en que se ve afectada por la pasión escritural. Entonces es la espina en mi carne la que me aúna a su llamado, a esa cita a doler, a gozar de esa fiesta íntima y política de hacer sangrar el lenguaje. Escribir es una molestia que hace huella de un oficio del extrañamiento, de la tarea de profanación de una jaula, de la destreza de hendir las palabras. Pero ¿cómo se vuelve jaula el cuerpo/nuestro cuerpo en la escritura? ¿cómo (nos) enjaulan los modos de inteligibilidad de los cuerpos? ¿es la teoría una jaula de la corporalidad? ¿se convierte el lenguaje de la teoría en una jaula para/de los cuerpos? ¿cuándo esa tecnología de inscripción y representación que es la escritura se vuelve jaula?

Preguntas que ponen en la mira al lenguaje, el cuerpo, la representación y el poder, y que seguirán empujando su imposibilidad de ser abordadas y contestadas de manera definitiva, universal, unívoca. Políticas textuales, políticas corporales, políticas de representación –o contrarepresentación– punzan la carne del lenguaje. Pensar la palabra como territorio de intervención política y creación poética. Esa ha sido una de las derivas de mi activismo. Sentir la espina en la carne, faena de una sensibilidad política. Carne organizada según ideales de regulación heteronormativa, de género, de raza, de estándar de normalidad funcional, cual espinas que entierran y diseminan su violencia.

La escritura es un dispositivo estético en cuyo escenario se libran batallas sobre el mundo sensible y sus modos de (in)inteligibilidad. Toda práctica escritural acuña una experiencia estética al poner en juego maneras de dividir y compartir lo sensible y lo inteligible⁴. La estética como “fábrica de lo sensible”⁵ compone un régimen de sensibilidad que remite a la articulación entre

2. G. Anzaldúa, “Tlilli, Tlapalli. El camino de la tinta roja y negra”, *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*, trad. Gabriela Hercezeg. San Francisco: Aunt Lute Books, 1987, p. 65-76.

3. Activista y académica y chicana, lesbiana, feminista, escritora y poeta (1942-2004).

4. G. Frigerio y G. Diker (comps), *Educar: (sobre)impresiones estéticas*, Buenos Aires, del estante ed., 2007, p. 10.

5 Expresión utilizada por J. Ranciére en *El reparto de lo sensible. Estética y política*, Chile, LOM ediciones, 2009.

las modalidades de hacer, las formas de visibilidad de esas maneras y los modos de volver pensables sus relaciones. De allí que toda propuesta estética comporta una organización del conocimiento que vuelve disponible lo pensable, que cita modos del sentir e induce formas de subjetividad política.

Si la heterosexualidad *es* el lenguaje, como pregonaba agudamente Monique Wittig⁶, y el género está en todas partes, como asume Judith Butler, siendo sencillamente una voz, una manera de escribir, una manera de mantenerse en silencio o de no aparecer, entonces, se tratará de volvernos sensibles a la espina en el cuerpo del lenguaje, en la política del texto, y no tan sólo en el texto de la política. Escribir se torna un asunto de fronteras porque supone un cruce de límites, un internarse en los abismos de los fragmentos que somos, en lo otro de nuestro yo que se deroga o se despliega, incluso violentamente, hasta disolvernarnos o diseminarnos. Por este principio de incertidumbre, la escritura no admite las condiciones del refugio, sino que, por el contrario, nos arroja al encuentro con las devastaciones de una guerra en la que apenas se movieron los labios. “Más vale desertar de lo expresable (que nos exilia de nosotros mismos) y después quedarse a la intemperie”⁷. Así, con la lentitud de una vigilancia y la velocidad extrema de un destello, una política escritural inventa un punto de vista, un trazo imantado con una cierta sensibilidad que liga de manera singular las palabras, los gestos y la vida.

Nos movemos en un mundo en el que, progresivamente, la poética del lenguaje resulta despolitizada y desvitalizada por la instrumentalidad del capital, el estado y las instituciones. El lenguaje se vuelve estandarizado y uniformado bajo un registro normativo en el que la palabra deja de ser teatro o acontecimiento para volverse simple moneda de intercambio práctico carente de todo brillo, fulgor o dramaticidad. Las palabras, disecadas y vueltas meros tránsitos “naturales” por las superficies discursivas, se descargan y aligeran sus sentidos y efectos políticos capaces de afectación. El lenguaje se reduce así a la administración de lo real en su dimensión más constreñidamente adaptativa, conciliando lógicas, hablas y horizontes tecno-instrumentales en una cultura hegemoníicamente visual, donde todo (a)parece como vacuamente decible y transparentable. El aplanamiento de las experiencias bajo un registro semiótico estándar y un formato textual convencional, legaliza esta uniformidad de las hablas. La homogeneidad discursiva se despliega en la lisura de la letra, una letra sin rugosidad, siempre legible y transparente, que no ofrece a la lectura ninguna vacilación ni perplejidad, que más

6. Escritora francesa y teórica feminista (1935-2003), cuya obra ensayística y literaria fue fundamental para la teoría *queer*. Particularmente se interesaba por provocar el estallido del género en el lenguaje y la escritura.

7. M. Negroni, “Prólogo” en: *La morada imposible. Susana Thénon*, Tomo I, Buenos Aires, Corregidor, 2004, p. 13.

que proliferar, encierra y delimita, que insiste en ser unívoca y sin variaciones, que aparece y desaparece sin conflictividades. Como una modulación soporífera del lenguaje la espina es extirpada para suturar el dolor, un modo de gestión de la amnesia social, de la anestesia política, de la narcosis afectiva. De esta operatoria de supresión, también participa un cierto feminismo esclerotizado en lenguajes traslúcidos, de tecnicismos y estados y ongs, promoviendo la hostilidad hacia la improvisación, la ambivalencia, lo paradójico, lo impensado, los desenlaces inciertos.

Pensar la palabra como territorio político es practicar la crítica de la mis-midad de las hablas, aquellas meramente notificantes de los medios masivos de comunicación y subordinadas a la tiranía instrumental de “un saber práctico que censura los pliegues autorreflexivos de la escritura en cuya reserva se trama la relación entre sujeto, lengua y malestar crítico”⁸. Las palabras son relaciones, ilusiones de las que se ha olvidado esta condición, porque desde su endurecimiento y petrificación funcionan como engranaje del compromiso tácito por mantener un orden y una jerarquía social. Las palabras son archivos políticos de normas y resistencias, que albergan cuerpos y deseos, identidades y prácticas, o más aún, que los expulsan, destierran o aniquilan. De modo que las palabras operan como catálogos de posibilidades de existencia, puntea Donna Haraway. Por lo tanto, ¿qué subversiones acometer contra las axiomáticas del poder como lenguaje, que canonizan ciertos modos de leer, ciertos modos de escribir, ciertos modos de vida, ciertos cuerpos como legibles, ciertas vidas como vivibles?

La irrupción de lo impensado, la agitación de algún elemento acallado u omitido, la práctica del errar, del vagar y del equivocarse, invalida las herramientas intelectuales y emocionales elaboradas en función de una estabilidad. Un acontecer que hace de la imprevisibilidad una amenaza bienvenida. Sin embargo, los regímenes de decibilidad de los cuerpos y de los textos exigen lecturas consumibles, digeribles, purgantes y pacificantes, que no supongan interferencias ni incomodidades ni dificultades. Una escritura disciplinada en la funcionalidad y la utilidad, aquello que el lenguaje de la poesía insiste en hacer fracasar⁹, tal como nos advertía Sarduy.

En esta atmósfera social ajustada al imperativo de que toda escritura “sea entendible”, siempre brota la distinción entre los lenguajes que serían “más reales” y otros “más ficcionales”, siendo los primeros los que regulan la legitimidad de la verdad. Hay intentos desde la teoría feminista crítica contemporánea y de la disidencia sexual de experimentar, cada vez más, re-escritu-

8 N. Richard, *Residuos y metáforas. Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1998, p.16.

9 Severo Sarduy citado por M. Negroni, “Prólogo” en: *La morada imposible. Susana Thénon*, Tomo I, Buenos Aires, Corregidor, 2004, p 14.

ras y contra-escrituras de las sexualidades, reinventiones creativas e interconexiones rebeldes que transgredan el imaginario de un cuerpo natural, esencializado y heterosexual. Estas narrativas ficcionales o “irreales” estarían saturadas de metáforas y lecturas disidentes, discordantes, insumisas. De este modo, este feminismo minoritario¹⁰ que desea hablar una(s) lengua(s) “otra(s)”, distinta(s) del lenguaje legal y dominante, busca denunciar la exclusión de las vidas minorizadas en los discursos que se auto-designan como lo “real”. Un feminismo de la experimentación poético-política cuyas narrativas son críticas de la inercia e higienismo de los discursos de género, permeables a las contingencias y localizaciones del nombrar(se/nos), abriendo una línea de fuga y un éxodo en los imaginarios militantes.

La espina arremete la opacidad que necesita ser dicha y aunque su molestia es diurna, lleva la noche entre los dientes. En su jerga del temblor, el lenguaje tropieza y desune. Escribir es un procedimiento espinoso que infiltra ese susurro indescifrado en el reverso de la lengua, escarbando entre los humores de las palabras para jugar con su vocación dubitativa, incierta, vagabunda. Bajo el pulso de una contestación incesante, la escritura se rompe bajo formas múltiples y esparce sus esquirlas de extravíos, desvíos y extrañezas. Un trabajo de insistencia, pasión y curiosidad en las entrelíneas, que abdica de la aceleración verborrágica de rematar porque sabe que siempre hay un resto por (no) decir.

No basta con hablar de los temas lgttbi-queer y de la abyección de los cuerpos sin desactivar y descomponer sus herramientas, sin un uso disolvente de las palabras, sin la subversión de la gramática normativa. Remover la espina en la carne supone poner bajo sospecha nuestros lenguajes, hacer de la escritura un laboratorio de experimentación performativa. Reinscribir en nuestro contexto la apuesta de Wittig, destruir el género en el lenguaje, o al menos modificar su uso, era un asunto neurálgico de su obra como escritora y activista, una apostasía del sentido (hetero)normalizado de la escritura.

Reventar las costuras del género asignado a través de la escritura es abrirse a un espacio herido al que no siempre se quiere entrar, rasgando los intersticios de la representación para encontrar un hueco de impugnación tácita, de entredicho sumergido, de desgano inminente. Deleuze, citando a Proust, afirmaba que quien escribe “inventa dentro de la lengua una lengua nueva, una lengua extranjera en cierta medida. Extrae nuevas estructuras gramaticales o sintácticas. Saca a la lengua de los caminos trillados, la hace delirar. Pero asimismo el problema de escribir tampoco es separable de un problema de ver y de oír...”¹¹.

10. Texto de presentación del panel “Feminismo saturado: narrativas ficcionales y tecnologías de género”, del Tercer Circuito Disidencia Sexual “No hay Respeto”, organizado por la Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (CUDS), junio del 2011, Santiago de Chile.

11. G. Deleuze, *Crítica y clínica*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1996, p.9.

¿Entonces no es acaso la escritura una tecnología de visualización diferida? Escribir es así un ejercicio de construcción de pensamiento y organización de significados, que produce estéticas representacionales de la mirada heteronormativa, concurrendo –o no– a las prácticas de control, vigilancia y gestión de nuestros placeres y performances sexuales. Por eso, empuñarla como tecnología de visibilidad y representación localizada en la tensión de lo estético, lo político y lo teórico para la desorganización del orden visual/escritural de los cuerpos y de los “entre” cuerpos, es una maniobra de resistencia a la (hetero)normalización de lo sensible. Al hacer reverberar la espina en la carne, la tarea de escribir es un impulso contra/biopolítico.

Los montajes y desmontajes ficcionales operan como fuerza disgregante de los paradigmas hegemónicos y sus dispositivos de captura que hacen invivibles muchos de nuestros cuerpos. La conmoción epistemológica inducida por una escritura no cancelatoria, que no anule las fluctuaciones contingentes de la existencia, que no ilustre el compromiso con la realidad, sino que construya artificios discursivos para abrir resquicios en las entrelíneas del poder, nos moviliza a aprender y practicar un sinnúmero de formas discursivas y habilidades culturales que nos habiliten el acceso a una variedad inconmensurable de relaciones y experiencias. Desmenuzar las filas de la normatividad y su representacionalidad ortodoxa implica auscultar las zigzagueantes fugas de los imaginarios y desplegar una crítica a la monumentalidad heroica de las verdades mayúsculas. Con este ímpetu, para descolonizar nuestras mentes y nuestra imaginación es crucial la producción de narrativas contrahegemónicas, insiste bell hooks¹². Por eso, cambiar los relatos no es un simple ejercicio literario, sino que se convierte en una intervención creativa en términos de proyecto de conocimiento, de sensibilidad política y de compromiso ético.

La escritura, esa que se incrusta en el cuerpo, la espina que hace cuerpo, deviene una mesa de operaciones privilegiada para intervenir la anatomía de los significados sexopolíticos de la corporalidad, y es vital en la lucha cultural contra el menú conformista y pasivizante de las indiferentes diferencias que promueve el pluralismo institucional y de mercado. La lucha por mejores condiciones de vida para aquellas poblaciones estigmatizadas, criminalizadas y patologizadas en las cuadrículas del poder estatal, no puede quedar desanudada de la confección de nuevos, inauditos y extravagantes imaginarios y ficciones, porque es en el proceso de inscripción sobre la materialidad de nuestra carne donde las batallas por el gobierno de las palabras tienen lugar.

Ante un escenario signado por el predominio de la imagen y por los rituales expresivos de la sensibilidad ortodoxa del arte y la cultura militante

12. b. hooks, et ál, *Otras Inapropiables. Feminismos desde las Fronteras*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2004.

lgtttb y feminista, se trata de no abandonar el lenguaje como escenario de revuelta, como zona de disturbios, que conflictúe la racionalidad unívoca y el discurso instrumental de la política. Romper el calce identificatorio con representaciones de identidad preestructuradas, lleva la relación estética entre subjetividad y lenguaje a planos de discontinuidad y de ruptura crítica del supuesto naturalista que plantea un sentido anterior a los recursos técnicos de su modelaje expresivo.

Para cierta sensibilidad del activismo militante, el arte, incluida la escritura, debe primeramente satisfacer un testimonialismo del rechazo y de la denuncia; es decir, cumplir con la función de protesta en una “narración de urgencia” cuyo sujeto hable vivencialmente desde zonas de exclusión y represión sociales, convertidas en depositarias de una verdad ético-simbólica que contiene la memoria del sufrimiento comunitario. Esta suerte de realismo de la contingencia impone un esquema de relaciones escritura-política administrado por un fuerte carácter utilitario, alentando el monólogo estético-político de las tradiciones consagradas. De este modo, se privilegian las manifestaciones de mayor alcance comunitario desde la perspectiva de una lengua de lo popular, rechazando, invisibilizando y desconfiando de toda franja refractaria de sentido que bordea las prácticas insurgentes y desafiantes de las economías burocrático-institucionales de la razón política.

El pragmatismo de las ortodoxias militantes con su discurso técnico-administrativo que sostiene hoy el activismo institucionalizado, suele medir las expresiones estéticas bajo parámetros utilitarios, mensurables por su capacidad de generar modificaciones inmediatas y verificables. Esto provoca la ininteligibilidad de otras propuestas estéticas, indóciles a los anclajes y fijeza referenciales, con posiciones enunciativas que interrogan y alborotan la programaticidad de sus acomodos, perturbando la racionalidad lineal de sus interpretaciones.

No obstante, las travesías de los imaginarios del deseo siempre son desbordadas por los flujos de intensidad que liberan una pulsión contestataria, que violentan las marcas de cierre de los formatos establecidos, que potencian su posicionalidad limítrofe en el mapa contra-oficial, ajenas a toda fantasía neorromántica de una externalidad al poder y que expresan en gestos minúsculos, imperceptibles y enérgicos su negativa a ser parte de la lógica integradora del sistema de obediencia y sometimiento. “Sueño una libertad que cabe en el hueco de una mano de niño: la de no rendir cuentas”¹³, escribía la poeta Susana Thénon, removiendo la espina en la carne de la poesía y que hoy es memoria de la insumisión.

13. A.M. Barrenechea y M. Negroni, *La morada imposible. Susana Thénon*, Tomo II, Buenos Aires, Corregidor, 2005, p 222.

En la cita estética de la escritura como ese “ciclo eterno de mejorar y empeorar”¹⁴ acontece el descentramiento del sujeto, el estallido de los sistemas de seguridad de las palabras y una conflictividad que pugna por dar novedosos y curiosos significados a la experiencia. Subvertir el alfabeto del poder y sus jaulas de lenguaje que gobiernan nuestros cuerpos no es una política de paz ni de inclusión, es un apremiante acto de violencia, de dotar a la espina en la carne de ese ardor, fuerza y energía de las amantes de Wittig y Zeig¹⁵, sin temor a ser, como dice Clarice Lispector, “próxima y tierna, pero también distante, feroz y muy cruel”¹⁶.

14. G. Anzaldúa, op. cit. p. 65-76.

15. “*Violencia*: El ardor, la energía, la fuerza manifestadas por las Amazonas de todas las edades. Las madres sintieron la necesidad un día de distorsionar esta palabra que conservó para siempre un sentido de agresividad. De este modo, violencia y destrucción se volvieron sinónimos. Las Amazonas entonces fueron llamadas las Violentas a través de los siglos y se alegraron de ello”. M. Wittig y S. Zeig, *Borrador para un diccionario de las amantes*, Barcelona, Lumen, 1981, p. 202.

16. S. Frieria, “Una extranjera en la tierra”, *Diario Página 12*, 9 de diciembre de 2012. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-27266-2012-12-09.html>